

NORMAN SPINRAD

LOS SOLARIANOS



Los solarianos, que desde hace un tiempo viven aislados del resto de la galaxia, reaparecen para salvar a la raza humana de unas criaturas que quizá no son más que ingeniosas computadoras, aunque poderosas e implacables: los duglaari. Pero la solución que solarianos traen a los peligros y amenazas de la guerra no es un arma secreta ni un insólito plan táctico. La victoria que ellos prometen se conseguirá mediante una estrategia simple y terrible: rendición incondicional.

uno

lba a ser otra batalla desigual. Tres probabilidades contra cuatro, normalmente... En este caso, en el sistema de Sylvanna, significaba una flota de ochenta de las naves negras que ya cruzaban la órbita del planeta más externo en cerrada formación de cono, la base delante, la nave capitana en el vértice.

Jay Palmer, el comandante de la flota, dispuso la undécima flota humana en formación de disco, de solo tres naves de espesor, con la nave capitana en la tercera fila.

Palmer estaba sentado en la silla de mando de la nave capitana; delante de él, la pantalla maestra de batalla mostraba la flota duglaari como un cono de luminosos puntos rojos; las naves de Palmer, superiores en número, como sesenta puntos dorados; Sylvanna, un sol tipo G-5, como una esfera verde; a la izquierda, el cuadro de control de daños: sesenta luces, ahora todas verdes, la totalidad de naves en orden de batalla (ámbar significaba una nave dañada que todavía disponía de energía, azul significaba un casco arruinado o algo peor); a la derecha, las pantallas de datos de la computadora.

El comandante vestía un deslucido mono de batalla de color oliváceo, sin adornos, abierto en el cuello y diseñado estrictamente en base a la comodidad. Su tarea como comandante de la flota era fundirse con sus naves, o más correctamente, hacer de todas y cada una de las naves una extensión de su mente, una parte de él mismo. Un buen comandante consideraba su flota como un organismo integrado; las naves eran las extremidades, los pseudópodos; la nave capitana, la nave-computadora, era el cerebro; y él el corazón, el ego, el alma.

Palmer tenía dos auriculares de líneas diferentes conectados a sus orejas; el derecho lo comunicaba en directo con el oficial jefe de computación, el izquierdo era el circuito de mando, las voces de cada uno de los sesenta capitanes de nave.

Un laringófono está asegurado a su nuez de Adán. En la mano derecha tiene un interruptor de palanca de dos posiciones: hacia adelante, y habla con el oficial jefe de computación, hacia atrás, y puede dar instrucciones a sus sesenta capitanes. En la mano izquierda tiene un interruptor similar, pero de tres posiciones: adelante, para el auricular de computación; atrás, para el circuito de mando; punto medio, para ambos a la vez.

—Computación —gruñó Palmer—, confirme cifras.

—Ochenta doogs —barbotó el auricular derecho del comandante—. Tiempo de contacto estimado, una hora.

La cara enjuta de Palmer se retorció en una mueca de fastidio. Era un rostro que podía ser atractivo en reposo, pero ahora unas arrugas profundas le enmarcaban los labios gruesos, y tres surcos le cruzaban la parte superior de la frente.

Conectó el circuito de mando.

—Plano eclíptico a noventa grados norte galáctico —ordenó—. Velocidad máxima.

Mantuvo los grandes ojos grises pegados a la pantalla maestra de batalla. El disco de puntos dorados empezó a moverse hacia arriba, por encima de la línea intermedia que representaba la eclíptica. Una batalla entre flotas se inicia como una contienda de posición. Uno no puede permitirse quedar atrapado entre el enemigo y un sol, y menos cuando tu flota es la más pequeña. La táctica duglaari típica era obligar a una flota a retroceder hasta el sol que defiende; si lo hacían con bastante rapidez, podían encajonarte de modo que la huida fuera imposible: fuerzas superiores delante de ti y un sol a tus espaldas, no habría sitio a dónde ir. El campo de resolución naval de los duglaari era más

poderoso —casi siempre tenían más naves— y esto empujaba hacia atrás a la flota humana, hacia el horno estelar, hasta que la flota se veía obligada a romper la formación y luchar sobre una base individual, desesperadamente superados en número.

El sudor se agolpó en el labio superior de Palmer. La flota humana estaba ascendiendo sobre la eclíptica, pero el comandante duglaari había detectado la maniobra, y el cono rojo ascendía igualmente, mientras las flotas se acercaban una a otra a velocidad terrorífica. Era como el ajedrez, con aperturas más o menos típicas. Si la flota humana lograba ascender por encima de los duglaari, podrían descender detrás de ellos, y entonces serían los duglaari los que combatirían con un sol a la espalda, y si bien su campo naval total aún sería más potente, tendría que resistir la atracción de Sylvanna así como el empuje del campo naval humano, y la batalla podría estar bastante equilibrada.

Pero los duglaari estaban ascendiendo con tanta rapidez como los humanos; de hecho, la experta mirada de Palmer observó que el enemigo ascendía un cinco por ciento más deprisa. Los humanos no iban a poder subir por encima de ellos.

Palmer rio entre dientes. Los duglaari estaban mordiendo el anzuelo. Si se los pudiera engañar durante un tiempo...

—Reduzcan la velocidad a tres cuartos —ordenó.

La flota humana aminoró su ascensión; ya estaba claro que los duglaari los iban a sobrepasar, pero Palmer confiaba en ocultar la maniobra, de modo que el comandante duglaari siguiera creyendo que los humanos intentaban subir y situarse encima. Si era posible persuadir a los doogs de que mantuvieran su ritmo de ascenso el tiempo suficiente, entonces...

Las flotas no tardarían en estar una encima de otra.

—Reduzcan la velocidad a dos tercios.

La flota humana aminoró un poco más aún el ascenso.

Palmer estudió atentamente la pantalla maestra de batalla. ¡Los duglaari no reducían la velocidad! ¡El plan daba resultado! Con los actuales valores relativos de velocidad, los duglaari iban a dominar el espacio por encima de los humanos; la base de la formación cónica presionando con su campo la faz del disco de la flota humana, y obligándola a retroceder hacia el sol.

Pero en el instante siguiente, los duglaari se verían comprometidos por su ascenso; estaban navegando a una velocidad casi doble que la flota humana, y jamás podrían girarse a tiempo...

¡Ahora!

—¡Neutralicen velocidad de avance! —rugió Palmer—. ¡Frenado de emergencia! ¡Inviertan curso ciento ochenta grados! ¡Desciendan! ¡Desciendan! ¡Desciendan!

La flota humana dejó de elevarse. Empezó a retroceder hacia la eclíptica. Cayó más deprisa, cruzó la eclíptica y siguió descendiendo.

Frenéticamente, los duglaari disminuyeron la velocidad, invirtieron el curso e intentaron seguir a los humanos. Pero el comandante doog había reaccionado con gran lentitud. En realidad había perdido la contienda posicional al no advertir que la flota humana había estado reduciendo deliberadamente el ascenso.

En lugar de acortarse, la brecha se estaba ensanchando.

—¡Giro de noventa grados! —ordenó Palmer.

La flota humana varió el curso otra vez, en esta ocasión siguiendo una línea paralela a la eclíptica pero por debajo, alejándose de Sylvanna, bajo la flota duglaari. Se situó al otro lado de los duglaari, y el enemigo quedó entre la flota humana y Sylvanna.

—¡Asciendan! ¡Asciendan! ¡Arriba! ¡Arriba!

La flota humana ascendió a gran velocidad. Los duglaari frenaron su descenso e intentaron elevarse más deprisa, pero los humanos estaban en ventaja; las flotas habían invertido sus posiciones.

El vértice del cono que constituía la flota duglaari apuntaba ahora hacia Sylvanna. Su base encaraba la faz del disco en que la flota humana estaba formada.

El plan había dado resultado. Los duglaari estaban atrapados entre la flota humana y Sylvanna. Palmer conectó el circuito de computación.

—¿Tenemos potencia para hacerlos retroceder? —preguntó, aunque suficientemente convencido de cuál sería la respuesta.

La propulsión por campo de resolución se usaba para impulsar las naves en el espacio normal. Ese campo resolvía el spin electrónico de todas las masas que había en su interior en un vector unidireccional que formaba ángulos rectos respecto a sus líneas de fuerza. En formación cerrada, los campos de resolución particulares de las naves se fundían en un gran campo de resolución naval que abarcaba la totalidad de vehículos.

Además de impulsar la flota, el campo naval empujaba todo lo que estuviera delante en la misma dirección que se movía la flota... En este caso particular, ese *todo* incluía la flota duglaari.

Pero los duglaari disponían de un campo similar, que se estaba oponiendo al campo de la flota humana. Tres factores iban a determinar la dirección en que las dos flotas se movieran: la potencia del campo humano, la potencia del campo duglaari y el hecho de que este último también debía oponerse a la atracción de Sylvanna.

El campo duglaari sería más potente que el humano en una proporción de cuatro a tres, pero quizá cuando el factor adicional de la gravedad de Sylvanna fuera sustraído de la potencia del campo duglaari...

La computadora ya tenía la respuesta.

—Negativo —dijo la voz al oído de Palmer—. Aunque podría ser peor. Ahora estamos en equilibrio con ellos. No podemos hacerlos retroceder, ni ellos pueden empujarnos. Punto neutro.

Palmer suspiró resignadamente. Todo iba tal como esperaba. Los humanos habían ganado la fase uno de la batalla: la contienda posicional. Habían logrado anular temporalmente la superioridad numérica de los duglaari.

Ahora se iniciaba la fase dos: la batalla de desgaste.

La primera fase de una batalla, la fase posicional, solía estar acabada en menos de una hora. La segunda fase, la de desgaste, podía prolongarse interminablemente...

En las actuales posiciones, las potencias de los campos de ambas flotas se contrarrestaban. Solo había un medio de romper ese punto muerto y forzar la batalla hasta su decisión: destruir más naves de las que se perdieran, de manera que el campo de resolución naval propio fuera haciéndose proporcionalmente más fuerte que el del enemigo.

La elección de armas posibles en esta fase de la batalla estaba rigurosamente limitada. Nada de masa significativa podía pasar de una flota a otra: el objeto quedaría atrapado en estasis a medio camino entre los dos campos de resolución contendientes. Ello eliminaba todo el armamento de misiles. Incluso eliminaba los emisores de antiprotones, puesto que los antiprotones proyectados tenían masa. Los explosivos nucleares y termonucleares también estaban descartados, ya que resultaba imposible hacerlos estallar más cerca del enemigo que de las naves propias.

—Computación —masculló Palmer en el laringófono—. Hágase cargo. Norma GN-64 para empezar.

El comandante arrugó la frente. Esa parte de la batalla era la que más odiaba. Las únicas armas capaces de ser empleadas con algún efecto eran los lanzaláser, que proyectaban rayos caloríficos de enorme intensidad. Pero igual que con cualquier otra arma energética inventada, los rayos debían concentrarse en una nave enemiga durante un largo rato antes de que perforaran el metal del casco y causaran algún daño real.

Palmer examinó la pantalla maestra de la batalla. Las naves del cono duglaari se estaban moviendo de un modo complejo dentro de la formación, aparentemente al azar. La idea, naturalmente, consistía en evitar que los humanos mantuvieran sus lanzaláser concentrados en sus naves el tiempo suficiente para dañarlas. Las señales doradas de la flota humana ejecutaban similarmente una compleja danza de la muerte.

Las maniobras parecían casuales, pero no lo eran. No podían serlo porque, además de evitarlos rayos de los lanzaláser, las naves de ambas flotas tenían que permanecer estrechamente integradas en sus respectivos campos de resolución naval. De lo contrario, el campo se rompería y la flota desintegrada sería derrotada.

La tarea era demasiado complicada para que cualquier organismo vivo, incluso una flota humana o duglaari entrenada y experta, la llevara a cabo. La ejecutaban enteramente las computadoras de la flota, que gobernaban ambas escuadras durante esa fase de la batalla.

Palmer podía seleccionar entre los prácticamente miles de normas preprogramadas cuál sería en un momento dado la que usaría la computadora; podía asimismo desconectarla en cualquier momento y entonces, ese momento preciso daba la medida del control que tenía sobre su flota. ¡Y eso no le gustaba en lo más mínimo!

Un rayo duglaari centelleó inofensivamente sobre una de las naves de la primera línea, y los detectores aullaron. Un rayo humano topó con una nave doog en la base del cono; en una fracción de segundo el doog ya no estaba allí, y el rayo del lanzaláser se perdió inocuamente en el vacío.

Las computadoras, las malditas computadoras, se estaban tentando mutuamente, procurando racionalizar los movimientos «casuales» del enemigo en formulaciones matemáticas predecibles. Palmer, como la mayoría de comandantes de flota, odiaba a las computadoras. Por un lado, lo despojaban del control absoluto de su flota; por otro, las

computadoras de mando del sistema de Olympia estaban perdiendo la maldita guerra... Las computadoras duglaari eran mejores que las humanas, y había más doogs que hombres.

La humanidad afrontaba la extinción, y las computadoras habían anunciado regularmente ese hecho durante los últimos trescientos años.

Una de las luces verdes del tablero de control de daños se puso ámbar. Los duglaari estaban deduciendo la norma GN-64.

—Variación a GP-12 —ordenó Palmer.

Ahora la computadora duglaari tendría que ponerse a resolver la nueva norma, antes de poder dañar otra nave y...

¡Toma!

Una de las indicaciones rojas se inflamó de púrpura y desapareció. Su potencia se había consumido, *¡Un doog menos!*

Ahora los duglaari cambiarían la norma.

Esto podía continuar mucho, muchísimo tiempo. En cuanto una computadora de flota descifraba la norma del enemigo, el comandante rival adoptaba una nueva, y la computadora tenía que volver a empezar.

No se producía ninguna gran conflagración que destruyera infinidad de naves en pocos minutos de acción candente. Solo había un lento desgaste: una nave doog por ahí, una nave humana por allá..., hasta que el equilibrio de las fuerzas de campo se rompiera.

Si es que ese equilibrio *llegaba* efectivamente a romperse... Palmer recordaba la historia de la batalla de Bowman. Cincuenta naves humanas, cincuenta y ocho doogs. Ningún contrincante había logrado obtener una ventaja notable; una nave perdida por vez, alternadamente, y el combate se había vuelto rutinario a lo largo de todo un día normal, o más.

Por último, ambas flotas quedaron destruidas por completo. Era pura majadería.

Jay Palmer sabía muy bien lo que *quería* hacer. Romper formación de repente, efectuar un ataque resuelto, sin reparar en riesgos, contra la nave capitana doog, la nave computadora. Si era posible dejar fuera de combate a la nave capitana, destruir la computadora, la batalla estaba terminada por completo. Entonces el enemigo no podía esquivar los rayos de los lanzaláser y mantener simultáneamente su campo naval.

Pero aun cuando una táctica así triunfara, Palmer lo sabía, él sería sometido después a un consejo de guerra. La guerra, y hasta su última batalla, se disputaba bajo el rígido control del Mando de Computación. Todo comandante que creyera ser capaz de pensar mejor que las computadoras sería degradado a encargado permanente de letrinas. *Si tenía suerte.*

Otra luz del tablero de control de daños se puso ámbar, luego azul. ¡Y después otra más!

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

—Variación a GN-41.

El combate se prolongó y se prolongó, hora tras hora. Poco a poco el espacio se convirtió en una confusión de restos de naves, fragmentos de metal, nubes de desechos donde una central energética había sido alcanzada por un rayo calorífico que hizo estallar una nave.

Los rayos de los lanzaláser iluminaron la negrura como novas lineales y la batalla continuó. Las naves prosiguieron dentro de sus formaciones sus danzas de muerte.

Palmer estaba bañado en sudor, el cabello mojado y desgreñado. Tenía la impresión de haber pasado la vida entera en la silla de mando. La sensibilidad táctil había desaparecido de sus nalgas. Su garganta estaba irritada por la voz áspera con que daba las órdenes.

Habían ensayado cientos de normas, y los duglaari habían hecho lo mismo.

Sombríamente, Palmer examinó el tablero de control de daños. Diez luces estaban ahora de color ámbar, y siete azules. Diecisiete naves inservibles.

Los duglaari solo habían perdido catorce.

Palmer sabía que estaba perdiendo la batalla. El punto sin retorno posible no había sido alcanzado aún; empleando la energía de emergencia, la flota humana sostenía todavía la posición, pero si los doogs se ponían a diez naves por delante, por ejemplo, entonces la fase tres empezaría y...

—Computación —dijo Palmer, con la voz áspera y cansada—. Extrapolación, por favor.

—Probabilidades de victoria duglaari: setenta por ciento —dijo la voz a su oído—. Victoria humana, veintitrés por ciento. Equilibrio, siete por ciento.

Palmer suspiró. Se decidió: cuando las probabilidades de victoria duglaari alcanzaran el ochenta por ciento, rompería el contacto y huiría. *Si no...*

Si no, la flota duglaari iría haciéndose proporcionalmente más fuerte. Puesto que los humanos habían forzado a los duglaari a una posición hacia el sol, la batalla no terminaría con prontitud; los doogs no se limitarían a empujarlos hacia el sol. En lugar de eso, el cono de la flota enemiga se transformaría en un hemisferio hueco que avanzaría para envolver a la flota humana. Por último los duglaari formarían un globo, con la flota humana en el centro.

El campo de resolución naval enemigo, más potente, rodearía el campo humano. Los generadores duglaari presionarían de manera irresistible hacia el centro, la flota humana sería aplastada y estrujada hasta que las naves entrarán en colisión y no quedara más que una masa enorme, estrechamente apretada, de metal deforme... Y hombres muertos.

Al principio de la guerra, hacía trescientos años, estas batallas hasta la muerte se habían producido con horrorosa regularidad. Había costado muchas naves y hombres aprender la lección: si no puedes vencer, *retírate*. Vete con tantas naves como puedas. Los actos heroicos solo significaban que la desproporción de gente y material entre humanos y duglaari empeoraba muchísimo la situación.

Ochenta por ciento sería el punto sin retorno.

—Variación a GN-7.

Al menos el número de normas era prácticamente inagotable...

Pero otras dos luces se pusieron de color ámbar. E inmediatamente azul.

—Variación a GN-50.

¡Maldita sea! La computadora duglaari estaba aprendiendo a descifrar las normas más deprisa. Quizás, en algún extraño sistema matemático duglaari las normas humanas encajaban en cierto modelo maestro propio, y quizá fuera esa una de las razones por las que los doogs eran mejores...

¡No! ¡No! *Mejores* no; tal vez más avanzados, tal vez una civilización mayor, más vieja, pero no *mejor*...

Otra luz ámbar.

—¡Por todos los cobardes de Sol! —exclamó el comandante—. Variación a GN-13.

Casi al instante, la luz ámbar se puso azul. La computadora duglaari se había amoldado otra vez, y en esta ocasión ¡casi con la misma rapidez con que se había cambiado la norma! *Esto está perdido...*, pensó Palmer con amargura.

—Variación a GN-69 —murmuró por el circuito de mando.

—¡Comandante Palmer! ¡Comandante Palmer! —era la voz de Twordlarkin, el oficial jefe de computación. Palmer imaginaba perfectamente lo que venía—: Comandante, la última extrapolación es ochenta y tres por ciento a favor de la victoria duglaari. Mi recomendación oficial en este mo-

mento es la retirada inmediata. Si no lo hacemos, no hay más que esperar el inicio de una acción envolvente en breve, y seremos incapaces de resistirla con éxito.

Palmer renegó, preocupándose antes de dejar a Twordlarkin fuera del circuito. *¡Recomendación oficial!* Una «recomendación oficial» procedente de un oficial jefe de computación era una orden en todos los conceptos excepto en el nombre, incluso para un comandante de flota. La Armada dirige las naves, rezaba la sentencia, pero las computadoras dirigían la guerra. Solo una cosa podía salvar del consejo de guerra a un comandante de flota que ignorara una «recomendación» de computación: la victoria.

Pocas probabilidades de victoria. Y lo peor de todo era que Twordlarkin tenía razón. Sylvanna estaba perdido. Sin embargo, un oficial de combate debería tener al menos el derecho a ordenar su retirada.

Palmer reactivó el circuito de computación.

—De acuerdo —gruñó—. Recomendación recibida y aprobada.

Conectó el circuito de mando. La táctica normal de retirada tendría que resultar esta vez, pensó, ya que al menos no estamos atrapados entre los doogs y Sylvanna.

—Comandante de flota a todas las naves. A mi señal, inviertan generadores de campo de resolución ciento ochenta grados. Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno... *¡Ahora!*

De repente, toda nave humana sobreviviente invirtió su generador. El campo de resolución de la flota humana quedó invertido al instante, y la formación de disco de las naves salió disparada hacia el exterior a tremenda velocidad. Porque ahora, en lugar de oponerse al empuje del campo de resolución duglaari, la flota humana cabalgaba repentinamente sobre él, añadiendo su potencia al poderío de su propio campo. En consecuencia, la aceleración de avance era doble de la que cualquiera de las dos flotas podía lograr por sí sola.

Durante escasos momentos la flota humana siguió ensanchando la brecha entre ella y los sorprendidos duglaari. Pero el comandante doog reaccionó pronto, invirtiendo su campo de resolución naval, de manera que las naves humanas dejaron de navegar sobre él. Impulsada ahora por la mayor potencia de su campo naval superior, la flota duglaari empezó a cerrar la brecha. Iba a ser una carrera hacia las afueras del sistema de Sylvanna, una carrera para vivir.

Palmer observó presurosamente la pantalla maestra de batalla y conectó luego el circuito de computación. Computación tenía *ciertos* usos francamente vitales, después de todo.

—¿Es bastante la ventaja que llevamos, Twordlarkin? —preguntó—. ¿Alcanzaremos a superarlos hasta la órbita de Sylvanna VIII?

Se produjo un largo y tenso minuto de silencio mientras Twordlarkin planteaba el problema, que implicaba distancia, aceleración inicial, velocidades relativas y velocidad de acercamiento, a la computadora de mando.

—Afirmativo —dijo por fin Twordlarkin—. No pueden cogernos antes de que crucemos la órbita de Sylvanna VIII.

Palmer exhaló un profundo suspiro de alivio. La batalla se había acabado. La flota enemiga no podría alcanzarlos hasta que hubieran cruzado la órbita de Sylvanna VIII, el planeta más externo, y cuando la flota humana abandonara el sistema podría trasladarse a salvo al espacioestasis.

El espacioestasis no era el «hiperespacio» mítico de los antiguos. No se trataba en absoluto de un estado anormal del espacio; era una burbuja de tiempo. En el interior de la burbuja, el tiempo era muchas, muchísimas veces más rápido que fuera, en tanto que las propiedades espaciales, salvo ciertos efectos ópticos extraños, permanecían normales en esencia. Una nave en el espacioestasis no sobrepasaba la velocidad de la luz local, pero en relación con el tiempo normal, el tiempo de la burbuja se contraía, de manera que la misma burbuja desaparecía de la corriente temporal co-